Río subterráneo

A Carlos y para Carlos

LAS PALABRAS SILENCIOSAS[1]

A José de la Colina

Nombres. También entran en el misterio, se corresponden con otras cosas. Así sucedió con Eduwiges. Él no pudo conformarse con decirle «Eluviques», y la llamó simplemente Lu, y Lu es el nombre de un semitono de la escala musical china[2]: justo el significado y el sonido que vibraban en él cuando la

[1] Este cuento se publicó primero en el *Diorama de la Cultura,* 21 de marzo de 1976. Es llamativo que en su paso al libro —aparte de unas mínimas correcciones de estilo y puntuación, como sucede en la mayoría de los cuentos previamente publicados— se perdieron un par de líneas en blanco que marcaban saltos temporales en la narración, algo que he señalado en las notas 12 y 15. Está dedicado a su amigo José de la Colina (1934-2019), escritor, periodista y crítico de cine de origen español exiliado en México, miembro destacado de la generación de medio siglo y colaborador, junto con Arredondo, en la redacción de la *Revista Mexicana de Literatura* durante su segunda etapa.

[2] *Eduwiges* (variante de *Eduvigis* o *Eduwigis)* es un nombre de origen germánico *(Haduwig)* que significa «la que lucha en las batallas» (Tibón). La escritura arcaizante con *w* otorga al nombre una dureza fonética y visual que subraya la barrera entre los esposos. Así, ante la dificultad de pronunciarlo correctamente, el marido la renombra *Lu,* monosílabo que alude al sistema de los *Lü* (o *Shí-er-lǚ),* la base de la teoría musical china tradicional conformada por doce notas. Literalmente, *Lü* significa «ley» o «regla» y remite a los doce tubos de bambú que fijaban la afinación estándar. Al dividir la «octava» en doce partes no idénticas, cada *Lü* corresponde aproximadamente a un semitono del sistema occidental.

veía moverse, con su cuerpo alto, elástico y joven sobre los verdes tiernos y sombríos de su parcela, cuando la oía reír con su risa sonora que hacía aletear a los pájaros cercanos.

Ella le preguntó una vez:

—Si sabes tantas cosas ¿por qué no nos vamos a la ciudad? Yo sé que tienes guardado dinero, pero eres un tacaño. Allá hay chinos ricos, muy ricos, y viven con lujo. Pon una tienda en Culiacán[3]. Yo te ayudo.

—«¿Por qué vivo en la colina verde-jade?
Río y no respondo. Mi corazón sereno:
flor de durazno que arrastra la corriente.
No el mundo de los hombres,
bajo otro cielo vivo, en otra tierra»[4].

—Vete al diablo. Tú y tus tonterías.

Pero le había dado tres hijos y había cantado bajo el techo de paja.

Luego existía aquello también, el que don Hernán, de vez en cuando, hablara en serio con él y, cuando estaba de buenas, lo llamara Confucio o Li Po[5]. Él había viajado por

---

[3] *Culiacán* es la capital del estado de Sinaloa. Su mención sitúa la acción en el noroeste de México. De hecho, y aunque no se mencione explícitamente, las referencias textuales indican que el relato se desarrolla en *Eldorado* —población surgida en torno a un ingenio azucarero y parte importante de la mitología literaria de Arredondo—, a unos cincuenta kilómetros al sur de la capital, cerca del litoral.

[4] Se trata de un poema clásico de la literatura china, del célebre Li Po (701-762). Arredondo utiliza la versión española de Octavio Paz, incluida en su libro *Versiones y diversiones* (1974) con el título «Pregunta y respuesta» (Paz, 1978: 208). De este libro proceden también el resto de versos incluidos en el cuento.

[5] *Don Hernán* volverá a aparecer, como uno de los personajes principales, en «Las mariposas nocturnas», cuento cuya narración sí se ubica explícitamente en Eldorado (véase allí la nota 67). Las apelaciones a *Confucio* y *Li Po* remiten a dos figuras cumbres de la cultura china: el primero (551-479 a. C.) fue el creador del sistema ético que ha regido la sociedad sínica desde la antigüedad; el segundo (701-762), uno de los poetas más famosos de la dinastía Tang, conocido por su exaltación de la naturaleza y el vino.

todo el mundo, leído todo. Y después, cuando la gran persecución a los chinos en el noroeste, no había permitido que ninguno de ellos fuera tocado, ni los ricos ni los pobres[6]. Y le había prestado, por capricho seguramente, el libro traducido del inglés aquel, cuyos poemas había copiado con tantas dificultades, porque leer, podía leer de corrido, pero escribir, no había escrito nunca desde que aprendió: ¿a quién iba a escribirle él? Ni en chino tendría a quien hacerlo, aunque hubiese podido recordar los caracteres suficientes para ello. «No más afán de regresar / olvidar todo lo aprendido, entre los árboles»[7]. Eso había decidido cuando llegó, ¿hacía cuántos años? Para eso no tiene memoria. Sí, recuerda a su maestro allá. El silencio…

—Manuel. Mañana tengo visitas. Quiero que me traigas unas amapolas, pero que sean las más bonitas que haya.

—Sí, sí. —Y mueve la cabeza como si la tuviera suelta sobre el cuello largo y pelado.

—Van a venir mis suegros, ¿sabes? Bueno, los que van a ser mis suegros. Me vienen a pedir.

—Bueno, bueno. Yo legalalte floles.

---

[6] *La gran persecución* alude a las campañas xenófobas del movimiento antichino en el noroeste de México, especialmente virulentas en Sonora y Sinaloa desde 1919 hasta mediados de los años treinta. Impulsadas por juntas, ligas y comités nacionalistas —como los «comités prorraza»—, y respaldadas por legislaciones locales que buscaban impedir los matrimonios mixtos y segregar a la población en guetos, estas campañas derivaron en saqueos, agresiones, asesinatos y expulsiones masivas (véase, entre otros, Gómez Izquierdo, 1992). El relato ficcionaliza, precisamente, la protección que la hacienda de Eldorado habría dado a sus trabajadores, ya que, según la propia Arredondo, allí habrían quedado «los únicos chinos de Sinaloa que no fueron deportados en la época del callismo» (Arredondo, 2012: 30).

[7] Versos que remiten a un poema de Wang Wei (701-761), poeta-pintor asociado al budismo chino y célebre por su poesía de paisaje. En la versión de Octavio Paz, titulada «Al prefecto Chang», se lee, a la letra: «No más afán que regresar, / Desaprender entre los árboles» (1978: 205).

—Gracias, Manuel. ¡Ah!, desde ahora te digo que te voy a invitar a la boda.

—Bueno, muy bueno.

También él se había casado y don Hernán en persona había sido su padrino. Quizá por eso se había sentido obligado, cuando Lu se fue con Ruperto, a mandarlo llamar para decirle que podían hacerla volver, meterla en la cárcel, quitarle a los hijos, podían… podían tantas cosas… Don Hernán estaba enojado.

No. Le había vendido hortaliza a Ruperto desde siempre y era un hombre honrado. Lu le había dado felicidad y tres hijos. Las tardes en que Ruperto iba con su camión, y entre los dos cargaban las legumbres, cuando habían terminado, Lu se acercaba y les ofrecía agua de frutas[8], como él le había enseñado, y no era culpa de ellos si sabían reírse a carcajadas al mismo tiempo, y hablar igual, con la misma pronunciación, de las mismas cosas, largo tiempo parados; lo había visto mientras escuchaba, quieto. Así sucedió durante años. En cuanto a los hijos; a esas pequeñas fieras sin domar… eran idénticos a ella, físicamente moldeados a su imagen, incluso. Tenían sus enormes ojos amarillos, aunque ligeramente rasgados; además, lo había intentado todo para enseñarles lo que él aprendió de pequeño, tan pequeño como ellos y solo le habían respondido con actitudes de extrañeza. Sobresalto, si no un leve repudio había sentido en todos cuando a uno por uno, a su tiempo, los había llevado a ver al San Lorenzo después de la avenida, majestuoso y calmo, y en voz baja, jugando con una hoja o acariciando una piedra había dicho lentamente: «Lejos, el río desemboca en el cielo»[9].

---

[8] Bebida muy común en México, sin alcohol, hecha con agua y frutas (licuadas o maceradas), también llamada «agua fresca».

[9] El *San Lorenzo* es el río que delimita, por el sur, Eldorado (la hacienda se asienta en su margen norte); volverá a aparecer en «Las mariposas

A pesar de sus advertencias, jugando pisoteaban y destruían los cuadros de almácigos, y no había conseguido que trasplantaran con cuidado una sola pequeña planta o se quedaran un instante quietos viendo algo, por ejemplo, la luna, tan extraña y tan íntima.

No era ni siquiera los nombres de las personas, de las cosas lo que se le escapaba, era solamente la articulación. Y eso era todo: suficiente para que lo consideraran inferior, todos, todos; ni don Hernán, a veces, lo comprendía bien, profundamente. Solamente los otros chinos. Sí, no era una casualidad que no hablara como los demás, que tuviera su forma especial de hacerlo.

—«Viejos fantasmas, más nuevas.
Zozobra, llanto, nadie.
Envejecido, roto,
para mí sólo canto»[10].

La claridad empezaba. Surgida del silencio se queda un rato quieta y toca las cosas imperceptiblemente. Quieta.

Era el mejor momento para hundir el pie desnudo y enjuto en la tierra esponjosa para tantear en la penumbra la primera lechuga húmeda, no vista sino recordada del día anterior, de tantos días anteriores en que ya sabía cuándo estaría en sazón; para cortarla, sin ruido, con el filoso cuchillo. Y seguir así, disfrutando en el silencio de aquello que no era trabajo, sino adivinación y conocimiento. Luego, sigilosa, la claridad iba asomándose, hasta que despertaban los pájaros. «Canta un gallo. Campanas

---

nocturnas». El verso pertenece, en este caso, al poema «Paisaje» (Paz, 1978: 213), de Du Fu (o Tu Fu, 712-770), otra de las figuras mayores de la poesía china, conocido por la tradición crítica como «poeta-historiador» y «poeta-sabio».

[10] Otros versos de Du Fu, correspondientes al poema que Octavio Paz tradujo con el título «En la tormenta», aunque en el cuento se reproducen con una variante en el primer verso, que en *Versiones y diversiones* reza: «Viejos fantasmas, nuevos» (Paz, 1978: 211).

y tambores en la orilla. Un grito y otro. Cien pájaros de pronto»[11].

Seguía trajinando de rodillas entre los surcos, acendrando dentro de sí las palabras: no había por qué detenerse. Mientras, sentía en la cara, en la espalda, en los flancos tranquilos, cómo comenzaba la respiración profunda de las huertas que cercaban su parcela. Siempre oscuras y secretas, cerradas sobre sí mismas, las huertas enormes empezaban a moverse. Cuando la luz era ya demasiado viva, bastaba con levantar un poco la cabeza y los ojos descansaban en la mancha oscura que proyectaban los árboles[12].

Ya no era hora de cultivar, es hora de vender. Entra a la choza de bambú y paja, fresca siempre bajo el gran mango que ha dejado en medio de su sembradío, desayuna alguna cosa y se prepara. No se da cuenta, quizá porque nunca, nadie, se lo hizo notar, de que se viste igual que en su país, de que el enorme sombrero cónico que tejió con sus propias manos no es el que usan los hombres del pueblo, a excepción, claro, del resto de los de su raza que viven allí. Carga, cuidando el equilibrio, las dos cestas, tan grandes; arregla los mecates[13], las acomoda en los extremos del largo palo que coloca sobre sus hombros y levanta el peso como si no lo sintiera. Por el borde del canal que atraviesa la huerta, y luego derecho por la avenida polvosa que hay

---

[11] Son los dos versos finales del poema «Noche en barco» de Su Shih, conocido como Su Tung-p'o (1037-1101), figura central de la dinastía Song. En este caso, el relato no marca la división entre versos, además de que introduce una mínima variación, pues en Paz (1978: 216) leemos: «Canta un gallo. Campanas y tambores en la orilla. / Un grito y otro y otro. Cien pájaros de pronto». En el poema, estas imágenes marcan la irrupción del amanecer y la disolución del instante de quietud nocturna.

[12] En la primera versión publicada de este cuento, seguía a continuación de este párrafo una línea en blanco que marcaba un salto en la narración.

[13] *Mecate:* cordel o cuerda, «cualquier tira de corteza vegetal fibrosa, que sirve para atar» (Santamaría).

entre los frutales, va trotando uniformemente. Pasa por enfrente de la casa-hacienda y saluda a los que andan por los jardines, por los patios, sin alterar el ritmo de sus saltitos de pájaro.

Desde que está cerca de las primeras casas, sin levantar demasiado la voz, comienza a anunciarse.

—Valula, valula.

Sabe que se dice «verdura», pero no lo puede pronunciar. Hay tantas cosas que quisiera decir, que ha intentado decir, pero renunció a ello porque suenan ridículas, él las oye ridículas en su tartajeo de niño que todavía no sabe hablar. Solo don Hernán… Pero con los otros no insiste, comprende que si uno no se explica los otros piensan que es inútil responderle, hablarle, porque sienten que no entiende, que su imposibilidad de expresión correcta es indicio seguro de imposibilidad de comprensión verdadera. No tenía rencor ni se azoraba, lo sabía desde que era un niño: «Si no conocemos el valor de las palabras de los hombres, no los conocemos a ellos»[14]. Y él es un hombre, aunque esté viejo, aunque por la torpeza inexplicable de su paladar, de su lengua, se resigna a los tratos más simples y los demás no lo ven como realmente es. Lo quieren, sí, le piden y le hacen favores, pero no hablan con él como entre ellos, aunque algunos sean tan tontos.

—¡Manuel! ¿Traes calabacitas?

—¡Manuel!

¿Desde cuándo se llama así? ¿Cuántos años tiene en este pueblo? ¿Cuántos años hace que nació? Allá, en el fondo, está su verdadero nombre, pero no se lo ha dicho a nadie. Ni siquiera en secreto, al oído, hace muchos años, a Lu.

---

[14] La frase corresponde a la sentencia final del *Lunyu* (20.3), texto canónico del confucionismo conocido en español como las *Analectas,* colección de dichos y diálogos atribuidos a Confucio que han sido estudiados en las escuelas chinas durante siglos.

Termina pronto de vender y vuelve a trabajar[15].

Al fondo está el cuadro de las adormideras.

Hermoso de ver como ninguno. Piensa en el inglés, en De Quincey[16], cuyas palabras ha copiado, que nunca las vio en su esplendor aéreo, llenando el aire con su frágil encanto. Es febrero, en marzo tendrá que trabajar su cosecha personal de opio, pero tampoco es trabajo: le produce placer, un intenso placer. Mientras las cultiva, las mira y escucha los susurros de corolas apretadas. Corta un capullo.

—«No me avergüenza, a mis años, ponerme una flor en el pelo.

La avergonzada es la flor coronando la cabeza de un viejo»[17].

En marzo cosechó las amapolas dobles, triples, que la gente compraba con avidez. Pero guardó la reserva, y comenzó a destilar el espeso jugo del corazón de las flores.

Todos los años hacía eso, y lo guardaba secretamente para las noches de luna, algunas de soledad, o cuando iba a conversar, pausadamente, con los suyos.

En mayo, cuando el sol deslumbra, hace sudar, pero todavía no agobia ni adormece, llegaron ellos.

Sus tres hijos y un extraño en el camión fuerte y moderno de Ruperto:

—Estos jóvenes vienen a reclamar su herencia, su derecho sobre sus tierras…

No escuchó más. No quiso escuchar más.

Miró a sus hijos altos, fieros, extraños.

---

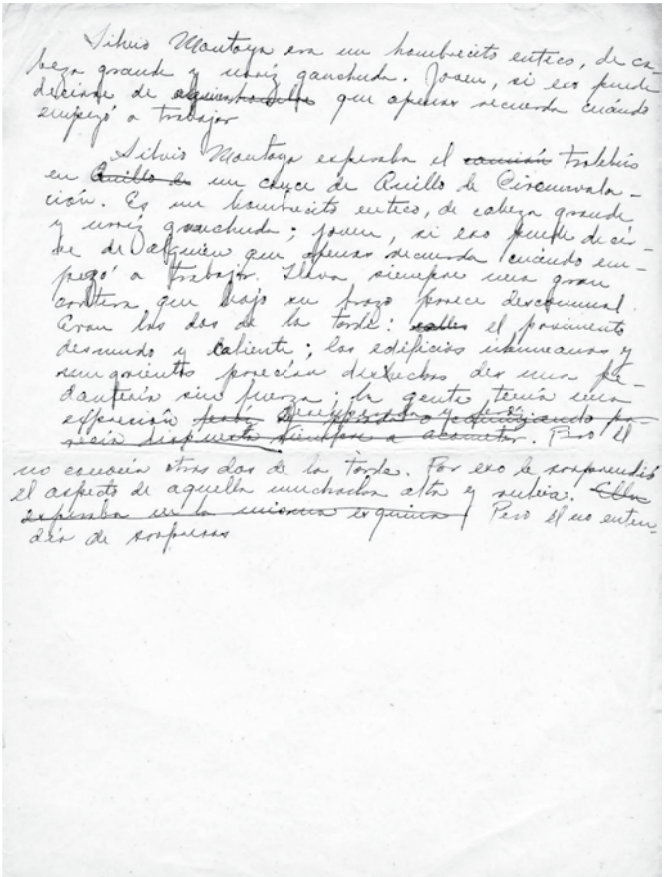
[15] En la primera publicación del cuento, a continuación de este párrafo iba otra línea en blanco que marcaba un salto en la narración.

[16] *Thomas De Quincey* (1785-1859): escritor romántico inglés particularmente conocido por su obra *Confesiones de un inglés comedor de opio* (1821), donde narra su adicción al láudano y sus alucinaciones oníricas.

[17] Otros versos de Su Shih, del poema «No me avergüenza…» (Paz, 1978: 217).

Él sabía que las tierras eran de don Hernán, quien se las había dado para que las cultivara, para que en el pueblo hubiera verduras, flores, y que don Hernán no iba a dejarse quitar ni un terrón de esas tierras. Pero no se trataba de eso.

Esperó a la noche. Comenzó a fumar su larga pipa, lentamente. No había prisa. Cuando juzgó que estaba cerca del paraíso, prendió fuego a su choza de bambú, se tendió en su cama y siguió fumando.



Página inicial de un borrador autógrafo, sin fecha, de «2 de la tarde», primero titulado «En la calle».

2 DE LA TARDE[18]

A Inés Segovia

Esperaba el camión en la esquina de siempre[19]. Mirando los edificios mugrientos, la gente desesperada que se golpea y se insulta, el acoso de los autos, se vio solo y el hambre que sentía se transformó en rabia. Pensó en lo que tardaría aún en llegar a su casa, por culpa de todos aquellos idiotas que se atravesaban por todas partes y no dejaban lugar en el camión que él necesitaba tomar. Tuvo, como siempre, el deseo preciso de volverse y romperle la cara al que fuera pasando: era un día igual a todos, las 2 de la tarde de un día cualquiera.

Hacía un buen rato que estaba allí parado, sintiendo arder el pavimento a través de las suelas gastadas de sus zapa-

---

[18] Este relato se publicó primero con otro título: «En la calle», en el *Sábado,* 23 de diciembre de 1978; ya entonces la autora se lo dedicó a su primogénita: Inés Segovia Camelo. Con ese mismo título —«En la calle»— se halla incluido en el mecanuscrito de *La señal* del Centro Mexicano de Escritores (1962). Se han conservado, además, unas hojas manuscritas, sin título, en las que Arredondo esbozó este cuento con varios comienzos que luego fueron desechados (véase la imagen en la página anterior). En esos inicios la autora dudó entre situar la acción en el «Anillo de Circunvalación» o «en la esquina de Fray Servando y Niño Perdido», es decir, explícitamente en la ciudad de México, en ambos casos en zonas de alto tráfico de la capital.

[19] *Camión* (español de México): 'autobús'.

tos, cuando llegó la muchacha. La revisó como a todas las mujeres, del tobillo al cuello, con procaz aburrimiento. No era su tipo.

El calor, el vaho sofocante de los millones de cuerpos apretujados, el cemento requemado… si al menos pudiera quitarse el saco[20]; se abanicó con el periódico doblado. Maldito camión que no llegaba nunca. No, ni fijándose mucho; bonita podría ser, pero alta, y le faltaba gordura donde las mujeres deben de tenerla; a él le gustaba que por delante y por detrás se vieran bien pesadas, que se sintiera que casi se les caían y que no quedaba otro remedio que meter la mano para ayudarlas, pobrecitas. Casi se rio. Volteó buscando un ejemplo de lo que pensaba, casi deseaba, pero en ese momento no había en la parada más mujer que la muchacha; sí, a lo lejos estaban dos vendedoras de tacos, gordas, envejecidas y con carnes colgantes que retemblaban a los más pequeños movimientos. Le hubiera gustado enseñárselas a la muchacha y hacerle ver que eran más deseables que ella, pero la muchacha miraba tranquila a la gente sin prestarle atención a él, y no estaba impaciente ni siquiera acalorada. Silvio se apoyó en el arbotante y la observó de una manera ostensible, con el mayor descaro y la sonrisa más burlona que pudo componer, pero ella pareció no sentir los ojos expertos caminar sobre su cuerpo. Eso lo enfureció.

El camión se acercaba. Por lo menos quince personas pretendían abordarlo. El cochino del chofer lo paró a media calle, justo en medio de la doble fila de coches, bien lejos de donde estaban los que esperaban, pero ellos, como locos, se metían entre los autos y corrían a treparse. Solo que pudieran ir pegados por las patas como las moscas. Estaban poseídos de esa furia que Silvio conocía tan bien y lo molestaba tanto porque la sabía inútil; se empujaban

[20] *Saco* (en toda América y Canarias): 'chaqueta', 'americana'.

como si no pudieran darse cuenta de que el camión venía repleto. Pero bueno, si se trataba de empujar, a darle, a meterse entre los bocinazos y las maldiciones, porque sí, para nada, porque eso hacen los demás. Ahora todos apelmazados frente a la puerta cerrada, golpeándola inútilmente con las manos, insultando al chofer a gritos, a sabiendas de que no abriría. La muchacha había quedado muy cerca de él; se arrimó a ella con disimulo y le pasó la mano a lo largo del muslo. Un muslo curvo, duro, una carne extraña: un contacto que no le decía nada de la otra persona ni de sí mismo. Ella lo miró a la cara y él le sonrió con una sonrisa podrida.

—Completo —dijo con una máscara de inocencia que a él mismo le pareció asquerosa.

Se encendió la luz verde y los carros gruñeron amenazantes. Había que dejar en paz el camión, y volvieron a sus lugares en la banqueta con una fidelidad cansada.

Entonces se dio cuenta de que ella lo observaba y mentalmente fue repasando su aspecto: traje azul marino, la camisa blanca un poco sucia, la corbata de flores, los zapatos negros con tacones gastados, y los calcetines a rayas rojas, azules, verdes, amarillas. Sintió vergüenza como si estuviera desnudo. Se había visto con aquellos ojos ajenos, serenos, diferentes. Enrojeció y se volvió de espaldas a ella.

Estuvo un rato mirando pasar los coches, embebido en su rencor. Era un hombre pobre, seguramente no le habría parecido bien por eso, pero era mucho mejor que los señoritingos que iban al Departamento a sacar la licencia de manejar[21], tan

[21] *Departamento:* denominación abreviada de *Departamento del Distrito Federal* (D. D. F.), órgano administrativo que gobernó la ciudad de México (entonces Distrito Federal) de 1928 a 1997. Dado que la Dirección General de Policía y Tránsito dependía de esta entidad, era común referirse al gobierno local simplemente como «el Departamento» para trámites como la obtención de la licencia de conducir.

alicusados[22], tan cucos, maricas todos, y que con toda seguridad le gustarían a esa tonta que no era siquiera una mujer deseable. No debía de ser rica, pero todas las muchachas que no parecen gatas[23], y las que lo parecen también, quieren pescar un millonario, ir al Departamento a sacar una licencia que no sabe uno cómo se las dan, pues no se ha visto nunca ni una sola que sepa estacionarse, y luego andan muy orondas atropellando cristianos. Hubo un momento en que sintió que le ardían los ojos y se le contraía el estómago, y no supo si era de cansancio y de hambre o de rabia. Tendría que demostrarle de algún modo que no le importaba lo que ella pensara. Si él llegaba a ser jefe del Departamento, aunque no fuera militar (las cosas tienen que cambiar alguna vez) prohibiría de plano que manejaran las mujeres, ¡cómo se iban a poner!, irían a chillar como ratas frente a la puerta de su despacho, y él nada más voltearía y las miraría un momento por encima del hombro, a través del vidrio, como el chofer del camión, y se volvería muy tranquilo a seguir firmando acuerdos, oficios, permisos, multas, pero a esta cuando llegara le daría muy amable una oportunidad única, y personalmente la sometería a la prueba: reversa, fíjese en esa señal, estaciónese, ¿cómo?, cinco metros son más que suficientes, ¿no mira usted bien?, a la derecha… Cuánto se iba a divertir. Se pondría humildita, bajaría los ojos… igual que si… hay muchas a las que les da vergüenza gritar ¡pelado![24], porque todo el camión se da cuenta y no más se ponen coloradas y se encogen porque en las apreturas es imposible cambiar de lugar. Pero

---

[22] 'Acicalados', 'peripuestos'; es término del noroeste de México, en concreto, Santamaría lo identifica como un «vulgarismo provincial del Estado de Sinaloa».

[23] 'Sirvientas', 'criadas'.

[24] *Pelado* es un término ofensivo, vale por «mal educado, grosero, vulgar, persona de las capas sociales inferiores» *(DBM),* «persona que no tiene dinero, educación ni modales» *(DEM).*

esta era capaz de mirarlo de frente, como hace un rato. En cambio, siendo jefe y portándose tan serio como él se portaría, no tendría otro remedio que bajar la cabeza; por supuesto que no le daría licencia, la despediría correcto y seco, sin una sonrisa.

Y mirando como si fuera un hombre mucho más alto, se volvió triunfante a ver a la muchacha. No estaba en su sitio. Era indignante, no podía ser que se hubiera ido precisamente ahora que él necesitaba encontrar la satisfacción que ella o alguien le debía. Qué alivio cuando descubrió que no se había ido. Estaba un poco atrás, en el parquecillo pisoteado y sucio. Se había parado debajo de un arbolito recién plantado, un tabachín que apenas cubría su cabeza con dos ramas raquíticas que casi le rozaban la frente[25]. Hubiera debido de ser un cuadro ridículo, tal vez lo era, pero Silvio se quedó quieto, mirándolo: la muchacha estaba erguida, imperceptiblemente echado el tronco hacia adelante, resistiendo un viento fresco y dulce que nadie más sentía; entrecerraba los ojos al respirar con delicia un aire evidentemente marino, se la sentía consciente y feliz de que su pelo flotara al viento, de que la ropa se pegara a su cuerpo. Ardía en una llama sensual y pura en mitad del tiempo detenido, de un espacio increíble y hermoso.

Silvio lo sintió y miró casi sin verlos el dedo manchado de tinta de ella y los calcetines rayados de él. No tenía sentido, pero por un instante todo cabía en un paisaje marino, en un aire y un tiempo perfectos.

Cuando el camión llegó, se acercó a la muchacha, debía de tener dieciocho años, y cuidadosamente la ayudó a subir. Ella lo miró sin sorpresa y le sonrió desde aquel mismo lugar asoleado y claro[26], sin recuerdos ni ironías, que él había descubierto.

---

[25] *Tabachín:* «árbol de la familia de las leguminosas, oriundo de la India, que en el verano echa flores de color rojo anaranjado en ramillete» *(DLE);* también llamado *framboyán* y *flamboyán.*

[26] *Asoleado:* 'soleado', 'bañado por el sol'.

Y cuando ella se bajó y la vio perderse por las calles vulgares, no deseó volver a encontrarla ni amarla. Se contentó simplemente con aquella hora diferente, aquellas 2 de la tarde conquistadas.